

cabo por Anibal: Antiocho, guiado de su vanidad, que tan bien habia sabido excitar Toas, proporcionó á este todo lo necesario para comenzar la lucha en Grecia y destruir la supremacia romana en esta comarca. Antiocho cometió falta sobre falta: por mas que la guerra estaba, desde hacia tiempo, en la conciencia general, no estaban hechos todos los preparativos suficientes; además de que los emisarios sirios y Toas habian exagerado en Grecia los medios con que contaba el gran rey. Antiocho, confiado en las fuerzas griegas y especialmente en las etolias, solo envió desde el Helesponto hácia Pteleon, junto á Demetria (octubre del año 192), 100 buques de guerra, 200 de transporte, 10,000 infantes, 500 jinetes y 6 elefantes; además los preparativos que debian hacerse en el Asia para enviar prontos y suficientes refuerzos, se llevaban á cabo con extrema lentitud. Los romanos habian puesto en Apolonia una guarnicion de 25,000 hombres, mandada por el pretor M. Bebio Tanfilo; de suerte que Antiocho podia en un principio operar á su antojo. Mas pronto hubo de comprender que las esperanzas fundadas en la cooperacion activa de los griegos eran completamente ilusorias. Cierta que la asamblea de la liga etolia le nombró su general en jefe; pero los aqueos se mantuvieron fieles á los romanos y declararon, á instancias de Flaminio, la guerra á los etolios y sirios, enviando tropas al Pireo. Solo los beocios y los atamanes, los eleos y los mesenios tenian simpatías por los etolios. Entre tanto, estos y el gran rey consiguieron, á fines de noviembre de 192, destruir una division romana junto á Delion, y apoderarse luego de la importante fortaleza de Calcis. Anibal aconsejó entonces que se buscara á toda costa el apoyo de Filipo, lo cual no se pudo conseguir, para utilizarlo desde Tracia; que se trasladasen cuanto antes á Grecia todas las reservas del Asia, y que luego se invadiese la Italia. Pero en vez de esto, el insensato Antiocho injurió al orgulloso Filipo, cuando no produjeron resultado las negociaciones, apoyando á algunos pretendientes al trono de Macedonia y mandando enterrar solemnemente, durante la invasion en el interior de la Tesalia, á los restos insepultos de la batalla de Cinoscéfale. Esto enfureció á Filipo, el cual, halagado por las promesas de Roma de darle todos los territorios que tomara á los aliados, atacó á Antiocho con el partido romano. Las esperanzas del enemigo de Roma de reunir aliados contra el Senado fracasaron. De Alejandria, de Numidia y de la misma Cartago llegaron protestas de amistad á los romanos; de suerte que se aumentó la confianza de estos, frente á los Seléucidas y frente á Anibal, tanto mas cuanto que en la Alta Italia, en Liguria y en España estaban como hemos visto bien fortificados y que, por temor de un desembarque de Anibal, se habian posesionado con grandes fuerzas de Sicilia y de la Baja Italia.

#### X.—BATALLA DE LAS TERMÓPILAS. GUERRA ETOLIA

Al año siguiente, 192, Antiocho III habia conquistado una gran parte de la Tesalia; pero luego se habia visto obligado á retirarse ante las tropas avanzadas de los romanos que habian sido enviadas de Apolonia, pasando el invierno en Calcis, donde vivió muy cómodamente y se casó con una hermosa dama griega. Cuando, al comenzar la primavera del año 191, y sin haber recibido las reservas del Asia, condujo á Acarnania, pasando por Queronea, las tropas viciadas en los cuarteles de invierno, supo que en Roma se habia decretado la declaracion de guerra, y que el rey Filipo y el pretor Bebio, que ya habian comenzado á conquistar las ciudades tesálicas, se reunian con el cónsul del año 191, M. Acilio Glabrio, que encargado de dirigir la guerra de Grecia, habia

salido, á mediados de marzo, de Italia. Reunido el ejército romano-aliado en Larisa, contaba Glabrio con 40 ó 50,000 hombres y con generales como Caton que estaban á sus órdenes en calidad de legados ó comandantes. Antiocho, que solo podia disponer de su antiguo ejército y de 4,000 etolios, comprendió que era imposible entablar la lucha con los romanos é intentó apoderarse de las atrincheradas Termópilas; mas pronto se perdió esta posicion, porque los etolios no se posesionaron de Heraclea, en el Oeta, y porque, oponiendo una débil resistencia en la antigua Anopea, se dejaron arrojar y derrotar por las tropas de Caton. Esto hizo que el ejército sirio no pudiese conservar mucho tiempo aquel importante paso. Batidos y perseguidos por los romanos, solo pudieron escapar 500 hombres que con el gran rey entraron en Calcis, y otros restos que en la primavera del año 191 se refugiaron en Demetria.

Antiocho huyó precipitadamente hácia Efeso, mientras en Grecia los romanos y los macedonios recogian los frutos de una victoria tan fácil como completa, que solo les habia costado 200 hombres. Calcis se rindió á los romanos y Demetria á Filipo, el cual, como compensacion de la etolia Lamia que no le permitieron ocupar los romanos, recibió las aldeas tesálicas, hasta entonces dominio de los Seléucidas, el territorio fronterizo etolio y las comarcas dolópicas y aparánticas. Todas las ciudades y tribus griegas que hasta aquel momento se habian comprometido mas ó menos contra Roma, se apresuraron á firmar con esta la paz. Flaminio, cuyas inclinaciones filhelénicas no se habian extinguido todavía, abogó con insistencia cerca del rudo cónsul plebeyo Glabrio, en favor de los agobiados helenos, poniendo especial empeño en apartar de Calcis el severo castigo que la amenazaba.

La guerra hubiera terminado en Europa si los etolios, siguiendo los prudentes consejos de Flaminio, hubiesen solicitado en seguida la paz; pero la loca tenacidad que les hacia olvidar por completo su crítica situacion y, por otro lado, las instigaciones de algunos agentes sirios, les indujeron á continuar, por espacio de dos años y con perseverancia y energía extraordinarias, una lucha que fué á menudo interrumpida por armisticios. Esta guerra, sin embargo, se redujo á sitios y bloqueos: Heraclea (en el Oeta) fué destruida despues de un largo cerco, siendo hecho en ella prisionero el orgulloso Damócrito. Las duras condiciones que les imponia el cónsul Glabrio y un aviso de Filipo que se habia disgustado con los romanos por haber sido arrojadas sus tropas fuera de la línea de Lamia, hicieron que los etolios continuaran la guerra con mayor tenacidad. Cuando por fin Glabrio, despues de un largo sitio, estaba á punto de rendir á Naupactos, negoció Flaminio, á fines del año 191, un armisticio, durante el cual los etolios debian pedir la paz al Senado. Este arreglo no pudo llevarse á cabo porque el Senado estaba altamente resentido contra el indomable y turbulento pueblo que no queria respetar su poder militar y porque los etolios no quisieron entregarse á discrecion á los romanos.

Renovada por estos la guerra, durante el invierno del año 190, los etolios se vieron atacados del lado del mar por los aqueos y en tierra, desde el Este, por el procónsul Acilio que, despues de destruir á Lamia, se arrojó con todas sus fuerzas contra Amfisa, donde esperó á que la llegada del vencedor de Zama diese otro giro á los acontecimientos.



Antiocho III

#### XI.—LUCHAS EN EL MAR EGEO. VICTORIA DE LOS ROMANOS EN MAGNESIA. DERROTA DE LOS ETOLIOS

La gran guerra, desde la batalla de las Termópilas habia perdido gran parte de su importancia. Solo la escuadra romana, conducida por el almirante Cayo Livio, habia procurado mantener libres las comunicaciones con Rodas y conquistar para los romanos el libre paso por el mar Egeo. Livio, con 75 buques romanos, 24 pergameses y 6 cartagineses, habia atacado en el puerto de Ciso, situado en la costa meridional de la lengua de tierra de Jonia que se extendia frente á Chio, á la escuadra del almirante sirio Polixénidas, compuesta de 70 buques, en su mayor parte fenicios, y despues de haberla derrotado y acorralado en el puerto de Efeso, se habia dirigido al de Cane, junto á Pérgamo, para pasar allí el invierno.

Los dos adversarios se habian aprestado convenientemente para la campaña decisiva del año 190. Mientras en las costas occidentales del Asia los griegos atacaban á los romanos, el gran rey reunia un poderoso ejército, robustecia la escuadra de Efeso y mandaba organizar en Licia y Fenicia, bajo las órdenes de Anibal, una segunda armada. La guerra por mar, sin embargo, que se inauguró en las aguas asiáticas á principios del año 190, no reportó ventaja alguna á los Seléucidas. El almirante Livio pudo apoderarse en breve de Sestos y acorralar de nuevo en Efeso al almirante Polyxénidas, que poco antes habia derrotado una escuadrilla rodia en Samos. Algunos buques rodios que, por orden del nuevo almirante romano L. Emilio Regilo, que se encontraba en Samos con nuevos refuerzos habian sido enviados al Sur á las órdenes de Eudamonte para detener la marcha de la escuadra de Anibal, consiguieron librar, junto á la panfilia Side (al Este de Aspendos), una batalla contra éste, la última que dirigió el héroe cartaginés, derrotándole por completo, gracias á la superioridad de su táctica naval. Pero los rodios no pudieron evitar que su escuadra se uniera á Polixénidas, el cual á fines de agosto, fué completamente derrotado por los romanos junto al cabo Mioneso, entre Teos y Colofonte.

Fué este un golpe mortal para Antiocho III, tanto mas cuanto que no sabia aprovecharse debidamente de su fuerte ejército de tierra. En efecto, el gran rey, cuyas tropas durante el verano habian devastado el reino de los Atalidas y se habian afanado en vano por conquistar la ciudad de Pérgamo, tenazmente defendida por las tropas escogidas aqueas que estaban á las órdenes de Diófanes, en vez de defender enérgicamente la fortaleza de Lisimaquia, en el Quersoneo, y el paso del Helesponto, estaba de tal manera abatido por la derrota sufrida en Mioneso, que, con una precipitacion descabellada, mandó evacuar dicha fortaleza por las tropas y habitantes, y entregó el Helesponto sin resistencia á los romanos.

Los comicios romanos habian puesto al frente del Estado, durante el año 190, al excelente amigo del vencedor de Zama, Cayo Lelio, y á Lucio Cornelio Escipion, hermano del gran general y menos notable que él. A este último se confió la direccion de la guerra siria, acompañándole su hermano mayor Publio, en apariencia como legado, y en realidad como verdadero general, á quien se unieron pronto como voluntarios 5,000 de los veteranos que con él habian hecho la guerra contra Anibal. Publio, que era quien realmente dirigia la guerra, se iba acercando al Asia. Cuando los generales, en su marcha al través de la Grecia, hubieron llegado al campamento de Acilio, en Amfisa, concedieron á los etolios, por mediacion de los atenienses, un armisticio de seis meses, durante los cuales podian entablar nuevas negociaciones con Roma, se atrajeron al ejército de aquel caudillo y se encaminaron, instados viva-

GRECIA Y ROMA

mente por Filipo V, y sin obstáculo alguno, al Helesponto, á donde llegaron poco despues de la batalla de Mioneso, y desde donde pudieron pasar libremente al Asia.

Antiocho III estaba tan abatido, que desde Sardes entabló negociaciones con Escipion para un tratado de paz: cuando el general romano, á quien se habia unido el rey Prusias de Bitinia, declaró no ser admisibles las proposiciones del gran rey, que consistian en renunciar á las ciudades del Asia Menor que habian caido en poder de los romanos y en abandonar sus posesiones de Europa, y exigió que las fronteras seléucidas llegasen solo hasta el Tauro, y por tanto la evacuacion del Asia Menor, Antiocho fué bastante loco y débil para desistir del plan de guerra defensiva que, dada la extension de su reino, hubiera sido funesto para los romanos, y empeñarse en una batalla decisiva que se dió en el otoño del año 190 en la llanura del rio Hermos, junto á Magnesia del Sipilo, mientras Publio Escipion se encontraba enfermo en Elea y Anibal se hallaba muy distante. Los 80,000 hombres del gran rey, entre los cuales se contaban 12,000 jinetes, á pesar de sus carros y de los 54 elefantes, fueron pronta y fácilmente vencidos por las fuerzas muy inferiores de los romanos, pergameses y aqueos. Las legiones no entraron en combate: el rey Eumenes, con la caballería y con la tropa ligera, se arrojó sobre la primera línea del enemigo, compuesta de tropas ligeras, de camellos y carros: la falange de la infantería pesada, que estaba en segunda línea, atacada por los honderos, arqueros y caballería, hubo de retroceder cuando los elefantes, encolerizados, rompieron las filas. Pronto consideraron los asiáticos perdida por completo la batalla, que les costó 50,000 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros: por parte de los romanos solo hubo 325 infantes y 24 jinetes fuera de combate. A partir de aquel momento, Antiocho no podia conservar ni á Sardes ni á Efeso, y se apresuró á firmar con Publio Escipion una paz, cuya condicion principal era que el rey evacuase el Asia Menor.

Cuando se hubieron trazado los preliminares y firmado un armisticio, pudo Escipion regresar á Italia. La mision de arreglar la paz definitiva y de ordenar y asegurar la situacion en las comarcas que se extendian entre el Adriático y el Tauro, correspondió al Senado, por una parte, y por otra á una comision senatorial que habia de enviarse al Asia, y á los cónsules del año 190 que habian servido en el ejército. En el teatro de la guerra de Grecia, los etolios, á pesar de haber enviado una embajada á Roma en el verano del año 190, engañados por la falsa noticia de que los romanos habian sufrido una gran derrota en Asia, volvieron á tomar las armas y, auxiliados por los atamanes, lograron arrojar á los macedonios de todos los distritos comprendidos entre el Aqueloo y la cuenca del Peneo. En vista de esto, el cónsul del año 189, M. Fulvio Nobilior, secundado por los epirotas, macedonios, acarnanos y aqueos, salió de Apolonia al frente de algunas tropas romanas y se dirigió enérgicamente contra los etolios. La conquista de la última fortaleza, Ambracia, á la cual siguió luego la sumision de la isla de Cefalonia, aliada de los etolios, agotó las fuerzas de este tenaz pueblo, que hubo de rendirse á discrecion, consiguiendo, durante el verano de 189, por la intervencion de los áticos y de los rodios, una paz honrosa, segun la cual debian pagar 500 talentos, reconocer la soberania romana, facilitar á Roma, en caso necesario, algunas tropas, renunciar á una política exterior independiente y circunscribir sus dominios á su antiguo territorio y al valle superior del Sperchio. La importancia política de la liga etolia habia tocado definitivamente á su término. Mas feliz fué todavía para los aqueos el resultado de la guerra siria, porque, despues de la batalla de las Termópilas, se unieron á su liga en 191 los cantones de

Elide y Mesenia, se apoderaron de todo el Peloponeso, y recibieron, después de la sumisión de los etolios, las ciudades de Heraclea, en el Oeta, y Pleuron.

XII. — NUEVO ORDEN DE COSAS EN LOS ESTADOS DEL ASIA MENOR.  
LOS GÁLATAS

Por lo que se refiere al Asia, los romanos no pudieron comprender entonces la extensión que tenía la victoria conseguida en Magnesia: tampoco pudieron imaginar que la pérdida de una batalla decisiva y la del Asia Menor, lo cual no era nuevo para los Seléucidas, tendrían por inesperada consecuencia aniquilar el porvenir político del reino de Antíoco. El Senado, además de exigir al gran rey la contribución de guerra de 15,000 talentos, que habían de ser pagados en doce años, le impuso varias condiciones cuyo objeto era asegurar las comarcas occidentales contra nuevos ataques por parte de los sirios. La corte de Antioquía no sólo se obligó a no atacar en lo sucesivo los Estados situados al Oeste del Halis y a no conquistar nada en estos puntos, en caso de una guerra defensiva, sino también a entregar sus elefantes de guerra y a no domesticar otros. Además, la escuadra debió quedar reducida a diez buques, número que sólo podía ser aumentado en caso de una guerra defensiva; y los buques de guerra sirios no debían doblar la desembocadura del cilicio Calicadno, ni el promontorio sarpedónico, a no ser en el caso de servir de escolta pacífica.

De esta suerte el antiguo poderío de los Seléucidas quedó limitado por el Tauro cilicio. Era natural que los Estados del Norte de su reino que se encontraban bajo su clientela, y de los cuales no se cuidaron los romanos, como Capadocia y Armenia, se desentendiesen de la dependencia de los Seléucidas y se proclamasen potencias más ó menos independientes. En cambio los romanos no quisieron en manera alguna adquirir posesiones inmediatas en el Asia, es decir, entre los mares griegos y el Halis. Las comarcas arrebatadas al gran rey fueron organizadas, siguiendo una antigua costumbre, al estilo romano; de suerte que los que hasta entonces habían sido aliados del Senado fueron adquiriendo el carácter de fuertes potencias que, por una parte, vigilaban y tenían en jaque a la Siria y, por otra, observaban a Filipo de Macedonia, mirado siempre con desconfianza, debiendo y pudiendo además servirse mutuamente de contrapeso. Las ciudades griegas del Asia Menor, algunas de las cuales recibieron nuevas tierras y otras ventajas, debían ser libres con tal que hubiesen tomado parte en la batalla de Magnesia, al lado de los romanos. Así fué que quedaron independientes los llamados afines legendarios de raza de los romanos en Dárdano é Ilión y los lugares de Cime, Smirna, Clazomenes, Eritrea, Chio, Colofonte, Mileto, Focea y otros, con la sola condición de pagar á Roma los tributos que varias ciu-

dades griegas habían pagado hasta entonces á Pérgamo. La activa república de Rodas recibió, en la distribución de la mayor parte de la Caria y de la Licia, una porción considerable de tierra firme. El rey Eumenes II de Pérgamo obtuvo, entre otras importantes recompensas, y sin tener en cuenta la Bitinia, la parte del león en el botín asiático; pues el territorio hereditario del reino de los Atálidas se aumentó con las siguientes comarcas: el Quersoneso, con Lisimaquia; la Frigia helespóntica; la Lidia, con Efeso y Sardes; la Caria, hasta el Meandro; la Gran Frigia, con Licaonia; la Licia septentrional y un puerto licio, recibiendo además la soberanía ó protectorado y el derecho de tributos sobre las ciudades griegas que no habían sido declaradas completamente libres.

Más trascendental fué todavía para los Estados del Asia Menor la destrucción final de la potencia céltica; las huestes de este pueblo que anteriormente habitaban la península, se habían mantenido quietas en la comarca llamada Galacia, formando en ella una constitución federal. Los doce tetrarcas, á cada uno de los cuales correspondía un cantón de los cuatro de que constaba cada una de las tres tribus gálatas, constituían, con el consejo de 300 nobles, la suprema autoridad de aquella porción oriental de la gran nación céltica. La asamblea que juntos componían aquellos tetrarcas se reunía en lugar sagrado del país (Drunemetum) principalmente para fallar los procesos de sangre. Los gálatas, si bien después experimentaron la influencia del grecinismo de tal suerte que se señala á este pueblo como galo-greco, conservaron no sólo su lengua, civilización y costumbres patrias, sino también su antigua rudeza guerrera, su afición á la rapiña y su fuerza que les hacía muy apreciados como mercenarios, como lo probaba que soldados gálatas habían peleado en Magnesia. Cuando los romanos procedieron á la nueva organización, los celtas se vieron obligados á enviar algunas huestes armadas á sus fronteras; pero el cónsul del año 189, Cneo Manlio Volso, que con la comisión senatorial reorganizaba el Asia, en su afán de gloria y de rapiña, después de haber saqueado salvaje é injustamente á los dinastos del valle del Meandro y de Panfilia, atacó el territorio de los gálatas sin mandato oficial y sin haber mediado negociación alguna con ellos. Los tolistoboyos, del Oeste, y los testosagos del centro del país fueron completamente vencidos y saqueados, aquellos en el Olimpo y estos en el Magaba, con grandes pérdidas así de muertos como de prisioneros. Los trocmos del Este del Halis fueron los únicos que no se vieron molestados. En cambio Volso, al atravesar en otoño del año 188 la Tracia para conducir de nuevo el ejército á su patria, se dejó derrotar por las salvajes tribus de aquella comarca, sufriendo grandes pérdidas de hombres y de botín. Así terminaron por mucho tiempo las luchas al otro lado del Adriático.

## CAPÍTULO II

### COMPLETA SUMISION DE LOS MACEDONIOS, CARTAGINESES Y AQUEOS

- I. Catón. Muerte de Publio Escipión. — II. Decadencia de Roma. Catón como censor (184). — III. Roma, Masinisa y Cartago. Muerte de Aníbal. — IV. Roma y Macedonia. Muerte de Filipo V. Perseo. — V. Roma y los griegos. Situación de la liga aquea. Muerte de Filopemenes. — VI. Calícrates y el partido romano. Guerra de los aqueos contra el rey de Macedonia, Perseo. — VII. Batalla de Pidna. Disgregación de Macedonia. Mal comportamiento de los epirotas, de los aqueos, de los rodios y de los pergameses. Atenas. — VIII. Situación de los macedonios y de los helenos. — IX. Guerra en España. Hechos sangrientos de Lúculo y de Galba. — X. Masinisa, Roma y Cartago. El anciano Catón. — XI. Últimas guerras de los romanos contra Cartago. Escipión Emiliano. — XII. Asalto y destrucción de Cartago. África provincia romana. — XIII. Atenas y los oropios. Conflictos políticos en el Peloponeso. — XIV. Sublevación de Andriscos en Macedonia. Roma y los aqueos. — XV. Guerra entre aqueos y romanos. Destrucción de Corinto. — XVI. Macedonia provincia romana. Situación de los griegos en la provincia *Acaya*. — XVII. Atenas. Polibio.

#### I. — CATÓN. MUERTE DE PUBLIO ESCIPIÓN

Con la terminación de las últimas luchas asiáticas y etolias, cesó por muchos años para el Senado la necesidad de sostener las legiones y las tropas itálicas en un pie de guerra importante. Solo en la Alta Italia y en España continuaban activos la espada y el pilo; pero también en estos puntos la lucha se reducía cada vez más á pequeños combates con los salvajes pueblos de la frontera ó con los insurrectos. El Estado romano ciertamente no había conquistado todavía la inmediata soberanía universal, pero era la potencia más fuerte no sólo de los países de Occidente, sino de la parte de Oriente en que se hablaba el idioma griego. Su dominación inmediata se extendía entonces desde Gades y desde las fronteras occidentales de Numidia, hasta el Halis, no siendo ya peligrosas para el Senado ni la decadente potencia de los Seléucidas, ni la más fuerte pero mal dirigida de los Lápidas.

Estos fueron los mejores tiempos de la República. A fines del siglo que estudiamos veremos nuevas é importantes luchas en las cuales la antigua fuerza heroica de los romanos reaparece en todo su esplendor. El nuevo período, durante el cual Roma fué el centro de una política magestosa que se extendía y dominaba en el antiguo mundo desde el Océano Atlántico hasta el Delta del Nilo, ofrece muchos brillantes rasgos; pero detrás de estos se ocultan elementos de decadencia, y en breve empiezan á ejercer su acción los factores de la descomposición del antiguo y sólido edificio. Bajo el punto de vista de la política exterior, de las costumbres, de la cultura, de la vida agrícola y aun de la existencia militar, se verificó en muchos puntos una evolución en extremo funesta.

Cuanta más importancia iba adquiriendo en Roma la política exterior, cuanto más el Senado aparecía como el factor principal, tanto más la decisión de ciertas cuestiones de política extranjera se hacía patrimonio exclusivo de algunas grandes familias nobles, en las cuales hasta ahora hemos visto figurar á las de los Escipiones y de los Flaminius. No faltaba, ciertamente, en el Senado una tenaz oposición contra estas familias y su poderío, así por los nuevos principios que informaban su política, como por las aficiones de algunos hombres importantes y de sus adeptos, que se inclinaban con preferencia á la civilización griega, por su predilección á las innovaciones contrarias al antiguo modo de ser de los romanos y por los signos de decadencia que entonces desgra-

ciadamente se notaban ya en la nobleza. El enemigo más tenaz, más considerado y más enérgico de todos estos hombres privilegiados, era el austero plebeyo Catón, que, con todos sus defectos y debilidades, partidario, por su educación, de la antigua existencia nacional romana, era el más legítimo representante de la plebe y de la democracia rural de la época, y con la misma fuerza con que combatía la decadencia de la vida agrícola romana, luchaba contra la degradación moral y política de la nobleza, especialmente contra el modo de ser griego, al cual profesaba odio profundo, y contra sus importadores en Roma.

Catón fué desde un principio adversario de Publio Escipión, á cuyo lado había militado como cuestor en Sicilia, mostrando ya entonces repugnancia por el modo de ser nuevo y anti-romano de aquel. Había combatido con gran energía desde el año 190 á aquellos que, como vencedores, deseaban con ansia los honores de un triunfo que, según él, no habían merecido, y que muchas veces, según su sentir, se habían hecho culpables: entre ellos se refería á Fulvio Nobilior, el conquistador de Ambracia, y al codicioso Volso, vencedor de los gálatas. Poco consiguió, sin embargo, pues no siempre la opinión de aquel hombre austero prevaleció contra la mayoría, compuesta de amigos de los generales que, aunque no exentos de faltas, habían resultado de continuo vencedores. Más enérgica fué todavía su campaña contra el hombre de Estado más poderoso, el vencedor de Zama, que tan antipático le era. Escipión, desde que había regresado de África, era el hombre más notable de la nobleza romana; á pesar de lo cual no siempre las cuestiones de Estado se resolvían á medida de sus deseos. En 199 fué nombrado censor y en 194 elegido por segunda vez cónsul; con cuyo motivo, en detrimento de su popularidad, indujo á los censores á que cometieran el abuso censurable de separar de los asientos de los demás espectadores, en las fiestas megalenses, nuevos juegos escénicos que en honor de la Cibele se celebraban en abril, los asientos destinados á los senadores. Como en 199 y en 194, á su regreso de Asia, en 189, fué nombrado por los censores *Princeps Senatus*, de suerte que tenía el derecho importantísimo de emitir antes que nadie su parecer en el Senado. Esto aumentó la antipatía que hacía él sentían los romanos de la antigua escuela, que miraban con mala voluntad la situación en que se encontraba, tan poderosa así respecto del antiguo modo de ser de la república, como de las relaciones exteriores. A este partido fué debida la exigencia que en 187 tuvieron los dos tribunos Petilios, y que, encaminada á despresti-